
CAPITULO XXVII.

LA CANDIDATURA DE HOHENZOLLERN.

Habíanse las Córtes separado por Julio de mil ochocientos setenta, despues de explícitas declaraciones, en que el general Prim aseguraba no tener monarca, ni esperanza alguna de encontrarlo. El régimen provisional parecia por cuatro meses asegurado, época no corta en este tiempo de revolucion y de zozobra. En cuanto las Córtes se cierran, la Reina Isabel abre su palacio, enciende sus bugías, reúne unos cuantos legitimistas desocupados, se ciñe su manto real, su corona; y despues de dirigir algunas palabras al pueblo español, abdica sus ilusorios derechos, su mentida autoridad en la persona de su hijo, Alfonso XII, hecho por este mágico arte, digno de cualquier escenario, monarca de un pueblo que hace dos años está mostrando al mundo entero su repugnancia invencible á todos los monarcas. Una carta autógrafa notifica este hecho á los antiguos compañeros de la Reina Isabel en los respectivos tronos europeos; y el Papa bendice esta nueva ruina que se amontona en torno de tantas otras como rodean al gran hosario

llamado Vaticano, tan dado á tomar por luz perenne los fuegos fátuos que la descomposicion de los cadáveres produce.

No era para nadie un misterio que la Reina, abdicando, seguia consejos de su gran protector Napoleon III. Y estos consejos eran de una extrema ambicion; aspiraban nada ménos que á conseguir de la revolucion española el reconocimiento de Alfonso XII por rey de España, el reconocimiento de la legitimidad, el reconocimiento de la tradicion, el reconocimiento de ese fantasma que se llama derecho divino, y con cuya sombra han querido amedrentarnos para despues envilecernos y hundirnos en nuestra antigua servidumbre los maldecidos Borbones.

Los amigos del general Prim le rodeaban y le decian cuantas dudas guardaba el partido liberal respecto á su actitud política. Atendiendo á las cábalas de las Tullerías, á la abdicacion de la Reina, y á la reserva de Prim, respecto al candidato para el nuevo trono alzado por la revolucion, todos creian que se trataba de coronar por rey de España al hijo

de Isabel II, al príncipe de Asturias, entregándole a la regencia de los dos generales, que se dividían el cielo de los honores y la tierra de los destinos españoles. En vano Prim decía que él no aspiraba a ser Monch, restaurador de monarcas, sino Monch de la libertad, restaurador de los derechos del pueblo. La duda degeneraba en pública incertidumbre, la pública incertidumbre en agitación general.

Por fin, el Presidente del Consejo se decidió a proceder con verdadera energía. Desde luengos tiempos tenía pedida autorización al Regente y al Gobierno para buscar por esos mundos un príncipe que tuviera estas condiciones: 1.º católico, 2.º mayor de edad, 3.º estirpe régia, y sentarlo en el trono de España. El general Prim fué siempre aficionado a estos misterios y a estas conjuraciones. Creyó sin duda que su oficio de conspirador continuaba. Olvidaba cuánto ama la luz nuestro siglo y su esplendorosa conciencia. Olvidaba que el jefe de un pueblo libre, debe huir del misterio, y buscar la publicidad, la imprenta, la tribuna, el pensamiento que del seno de las grandes reuniones se alza tan pródigo, tan fecundante como el acuoso vapor del Océano cuando riega, desatado en lluvia, los campos. Un ministro de la libertad debe deshacer las conjuraciones llevándose la luz. Así, solo así, mueren la arbitrariedad, el despotismo; y si la monarquía no puede nacer entre los grandes principios revolucionarios, entre la prensa y la tribuna libres, prescindir desde luego y por completo de la monarquía.

Pero, valido del misterio, comenzó Prim sus investigaciones en pos de un rey. Hace algún tiempo que en el salón de conferencias hablaban entre varios diputados conservadores de esta eterna cuestión de monarcas, y uno de ellos dijo que estaba decidido a votar hacía un príncipe Hohenzollern, que en reciente folleto había visto presentado, aunque le pareciera esa candidatura una demencia. El autor del folleto era el Sr. Salazar y Ma-

zarredo, a la sazón presente, que se picó mucho de estas palabras, las cuales originaron desagradable lance, sólo arreglado por la mútua intervencion de respectivos amigos, y mútuas honrosas esplicaciones entre ambos contendientes. El Sr. Salazar y Mazarredo es muy conocido en América. Las relaciones diplomáticas han sido siempre su fuerte, y las notas, los memorandums, su ocupación favorita. Ha recorrido Europa y América; conoce todos los príncipes europeos; y en uno de sus viajes trabó amistad con el príncipe Hohenzollern. Como aquí hemos llegado al punto de que cada español monárquico quiera un monarca para su uso particular, lo cual sería excelente si le pagáran su lista civil ellos solos, propuso el Sr. Salazar y Mazarredo a su amigo particularísimo, al príncipe que había conocido en los viajes, el cual tiene con Maximiliano puntos de contacto: el mismo entusiasmo romántico por la historia española, el mismo culto al fabuloso Imperio de Carlos V, que tan funesto fué a españoles y alemanes; la pasión de las artes, de las letras; y la pasión de reinar.

Los Hohenzollerns son de la casa de Prusia, como los Borbones son de la antigua casa de Francia. El padre de nuestro candidato poseía un pequeño principado de unos seiscientos mil habitantes, y lo vendió al jefe de su familia, al rey de Prusia. Esto enriqueció su casa, la cual venía ya siendo rica desde principios del siglo, primero porque se aprovecharon de la venta de los bienes eclesiásticos, y después porque recibieron una gruesa pensión del Emperador, del gran Bonaparte, a causa de haberse enlazado con una princesa de la dinastía. Por este enlace es el príncipe de la familia de Murat, el terrible verdugo de Madrid. Pertenece a la religión católica, y es en sus prácticas exaltado y hasta fanático. Su hermano, que reina en Rumanía, ha sido un príncipe de decadencia, un devoto a lo Carlos II, instrumento fácil en manos de los partidos, a todo obediente, ménos a dejar de se-

guir con ostentación y hasta con fausto el culto de sus padres, que no profesan la mayoría de sus súbditos. Así, ni en los tiempos de los turcos registran los anales rumanos actos de intolerancia tan bárbaros como los acaecidos en tiempos de este príncipe. Baste decir, que muchos judíos han sido ahogados en el Danubio, y que estuvo a punto de provocar una intervención europea su laxitud en perseguir y castigar tamaña barbarie. Sólo faltaba a los españoles, tan probados por la intolerancia religiosa, un príncipe, que, entusiasmándose con nuestra Catedral de Burgos y de Toledo, con nuestro romancero y nuestro teatro, viniese aquí a despertar una literatura y una política católicas, que pugnarán con el siglo, y fueran como un retroceso en nuestra regeneración de suyo trabajosa.

Además, educado en la escuela política de Prusia, sólo puede traernos el Cesarismo, la preponderancia militar, la pasión por el derecho divino, los presupuestos crecidos, el odio a toda tendencia democrática, el menosprecio por los parlamentos y las prácticas parlamentarias, el amor al ideal de la autoridad arbitraria, los procedimientos de Bismarck; la política prusiana que ha constituido un pueblo para un ejército y no un ejército para un pueblo; la política prusiana que ha levantado esos grandes campamentos llamados monarquías militares, los cuales tienen pendientes sobre Europa, la gran calamidad de la guerra universal.

Y, sin embargo, el general Prim, en su apuro, no sabiendo qué hacer para calmar las aprensiones de sus amigos, y traernos ese Mesías tan deseado por algunos reaccionarios, ese Mesías que se llama rey, acudió al expediente presentado por el Sr. Salazar y Mazarredo, al príncipe de Prusia, a Leopoldo Hohenzollern. Pero es necesario estudiar las graves inconsecuencias que encierra tamaña resolución. El general Prim, después de haber sido burlado en la cuestión de candidato al Trono, muchas veces, por el rey

B.

de Portugal, por el duque de Génova, dijo que ya no sería más derrotado, dispuesto como estaba a optar por el príncipe que la mayoría le ofreciera. El general Prim, en el último día del Congreso añadió que no se empeñaría en buscar rey, hasta tanto que las Cortes celebraran su tercera legislatura. Y cuando las Cortes, después de una legislatura larguísima, después de nueve meses de trabajos titánicos se dispersan, vuelve a reunir las para presentar un príncipe extranjero que ha de ofender nuestro orgullo nacional, un descendiente de Murat que ha de levantar sangrientos espectros en la conciencia pública. Esta irritación de una raza, tan amiga de la pelea constante como nuestra raza, puede traer al cabo el peor de los azotes, la guerra civil.

Mas si sólo fuera la guerra civil.... Hace cuatro años que Europa emplea sus esfuerzos mayores en impedir la guerra entre Prusia y Francia. Desde los filósofos de una y otra nación, hasta los trabajadores se han arrojado entre ambos ejércitos, recordando las ideas humanitarias de nuestro siglo, y pidiendo que no vuelvan las orillas del Rin, por tantas guerras ensangrentadas, a oscurecerse con las nubes de las batallas, que sólo llevan en su seno los vapores de la muerte y el fantasma del Cesarismo. Una de las mayores glorias de nuestra revolución de Setiembre en sus principios fué divertir la atención francesa de las empresas en el Rin, para fijarla en el espectáculo sublime de la resurrección de un pueblo que ofrecían a los ojos de Europa los encendidos Pirineos.

Y ahora la candidatura del príncipe prusiano arroja la mecha encendida sobre los montones de pólvora que el tratado de Praga había sembrado a las orillas del Rin y a las orillas del Mein. Francia se conmueve, se conmueve gravemente de que los príncipes prusianos se extiendan por Europa, y formen como los austriacos en los siglos décimo-sexto y décimo-sétimo, como los Borbones en los

83

siglos décimo-sétimo y décimo-octavo, una confederación de reyes que muevan una guerra universal. Los Hohenzollerns en el Rin por el rey de Prusia; los Hohenzollerns en el Danubio por el príncipe Carlos; los Hohenzollerns en el Tajo por el príncipe Leopoldo; un aliado incierto en los Alpes por la cuestión de Roma y la cuestión de Niza y Saboya; príncipes alemanes sobre el trono del pequeño Portugal, y príncipes alemanes sobre el trono de

la inmensa Rusia; dos secretos indescifrables, la política de esta gran potencia y la política de los Estados Unidos respecto á Europa; el Austria deshecha; las razas eslavas agitadas como las olas de un mar inexplorado; la cuestión de Oriente tomando siempre espejismo de color de sangre, este espectáculo puede poner miedo en los corazones más fuertes, y el Emperador Napoleon tiembla. ¿Quién no temblaría en su lugar?

CAPITULO XXVIII.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA.

La mayor de las calamidades que podía sobrevenirnos, ¡ah! nos ha sobrevenido, la guerra. Yo, cuando la contemplo, cuando veo las feraces, las cultas riberas del Rin, donde el trabajo ha amontonado tantas maravillas, donde la conciencia humana ha hecho tantos milagros, aquellas riberas que resonaron con los primeros crugidos de la Imprenta, y los primeros clamores de la Reforma; cuando las veo taladas, incendiadas, cubiertas con montones de cadáveres sobre los cuales aletean y graznan bandadas de cuervos, maldigo la guerra, y tiembo por la suerte de la civilización europea, próxima á perderse en océanos de sangre.

El cielo debe ser implacable para nosotros; cuando poseedores de la idea del derecho y la justicia, sabiendo que todos los pueblos son uno por el espíritu y todos trabajan y cooperan juntos á la civilización universal, vamos á degollarnos despiadadamente, en lo cual sólo nosotros perderemos y ganarán sólo nuestros tiranos. Si es verdad, que los gabinetes europeos se han opuesto á la República en Espa-

ña; si es verdad que han preferido la regencia híbrida al gobierno del pueblo por el pueblo; si es verdad, que el miedo á la revolución universal los ha cegado hasta aconsejarles esa política de suicidio, están castigados bien duramente; por evitar una revolución incierta, tienen una guerra segura.

Y las clases conservadoras que tanto se han espantado siempre de la justicia y del derecho; las clases conservadoras que han opuesto á las nobles aspiraciones del pueblo, el plomo y la pólvora; las clases conservadoras que han temido la transformación social, la necesaria exaltación del trabajo, entregadas ahora á los imperios militares, verán sus propiedades perdidas, sus intereses aniquilados, en justo castigo de ese impenitente espíritu reaccionario, que sólo puede contener la ruina del mundo y la muerte moral de la conciencia.

Peró la embriaguez guerrera es antigua. Las fortalezas erizan sus cañones. Los gobiernos cuentan sus ejércitos. Las máquinas guerreras ensayan el medio de difundir el aliento de la muerte en esos aires donde el soplo de Dios